

Dos Cartas de Don Manuel María del Valle

En 1876, el Doctor Manuel María del Valle, corresponsal y luego Director de "El Nacional"—diario limeño de esa época— editó una recopilación de cartas que ese mismo año escribiera desde las montañas de Chanchamayo, cumpliendo con su misión de observar el proceso de colonización de la región de la Selva Central del Perú. En una primera carta, escrita desde Tarma, se dedica principalmente al enfrentamiento entre colonos y los "chunchos". La reproducimos casi en su totalidad en este número de Amazonía Peruana sobre "Identidad Etnica". Nos parece muy significativa porque refleja fielmente una actitud del colono de la época frente a la sociedad particular de los campasháninkas (como diríamos hoy día).

De una carta posterior, extraemos una parte que nos da un inventario de los colonos (exclusivamente extranjeros llegados a la zona a través de la Sociedad de Inmigración Europea) y peruanos, es decir: peruanos no "nativos"—de los mismos nativos ya no se hace mención como pobladores "naturales" de la zona.

Pocos años antes de que Don Manuel escribiera su carta, el coronel José Manuel Pereira había fundado La Merced, el 24 de setiembre de 1869. La Merced es actual capital de la provincia de Chanchamayo.

Para tener un panorama del estado actual de la problemática nativa y colona en la zona, discutimos con Mario La Rosa, ex-alcalde de La Merced. La conversación se reproduce al final de esta sección.

Siguen llegando los colonos, pero ya no de Europa, sino de la sierra peruana.

CARTA ESCRITA DESDE TARMA

Señor Director de "El Nacional".

Febrero 8 de 1876

Querido colega y amigo:

.....
.....
.....
Otro acontecimiento muy notable también, ha despertado en estos días la atención del pueblo de Tarma.

El veintisiete del mes próximo pasado, se organizó una expedición en el Pueblo de la Merced, perteneciente a las montañas de Chanchamayo, con el objeto de contener las invasiones de los salvajes que se hacían ya frecuentes en la línea exterior de los terrenos colonizados ya. Se tuvo también el propósito de continuar las exploraciones comenzadas antes, para fundar el nuevo pueblo que llevará el nombre de S.E. el Presidente de la República, ilustrado protector de la colonización de estas regiones; pueblo que deberá unirse con La Merced, por un camino más corto al Distrito de Junín, de esta Provincia, para procurar así, fácil y lucrativo consumo, a los valiosos productos que se cosechan hoy en las montañas, y para obtener brazos para la agricultura de ese lugar.

La expedición fue compuesta de 29 colonos, de diversas nacionalidades, 6 soldados de guarnición y 4 peones cargadores, bajo las órdenes del Sr. Santiago Torres Vicuña, empleado de la administración de la colonia.

A las 11 de la mañana, se pusieron en marcha, siguiendo las orillas escarpadas del río Toro, avanzando con penosas dificultades, entre el bosque, la maleza y el mal estado del terreno, por consecuencia de las fuertes lluvias, propias de la estación, hasta llegar a una choza, recién abandonada por los salvajes, después de cuatro horas de marcha y encontrarse a una distancia de dos leguas y media del pueblo de La Merced.

Avanzando en la peligrosa empresa, la expedición encontró a mil metros de distancia, de la primera choza, dos casas mas, que abandonaban los salvajes en el momento de su llegada, dejando tizones humeantes todavía, con los que

se ocupaban de cocinar yucas, que aprovecharon los expedicionarios, en momentos en que la hora avanzada y las fatigas del camino, exigían imperiosamente recuperar las fuerzas perdidas, por el excesivo calor que se siente naturalmente bajo del monte, en quebrada estrecha y camino escabroso, donde la respiración es difícil, por la falta de la circulación del aire.

La expedición pasó allí la noche, porque la lluvia hacía imposible continuar la marcha, y porque la oscuridad ofrecía el peligro de perder lo avanzado hasta allí, de no obtener seguridades de buen éxito, y de exponer sin fruto, la vida de los expedicionarios.

Llamó particularmente la atención, el esmero con que en espacio tan reducido, estaban cultivados los alrededores de las chozas encontradas hasta aquí. La coca, el achiote, la caña, la yuca, los frejoles, divididas las plantas en pequeños cuadros perfectamente cultivados y en estado de cosecha, florecían con todo el esplendor que la naturaleza ofrece, en ese suelo feraz y privilegiado, de las montañas de Chanchamayo.

La lluvia que no cesó un sólo momento, hasta las 10 de la mañana del siguiente día, impidió hasta entonces, que la expedición continuase su marcha.

Siguiendo siempre las orillas del río TORO, se encontró a seiscientos metros del campamento, una nueva choza, recién abandonada, como las anteriores. Continuando bajo el monte real, por un estrecho sendero, medio cubierto por la yerba y la maleza y cuando no habían avanzado todavía, ni trescientos metros, dos flechas lanzadas con toda la destreza y la fuerza verdaderamente extraordinaria que les imprimen siempre, vinieron a herir por la espalda a los colonos italianos CAVALLI y VIVALDI; al primero, atravesándole una mano, y al otro, haciéndole una leve herida en el pulmón derecho.

Los agresores, con su acostumbrada alevosía, huyeron sin dejarse siquiera ver. La expedición se esparció por los alrededores, en persecución de los que atacaban tan traidoramente, sin que fuese posible indivisarlos, ni hallar los rastro que pudiesen hacer conocer el camino de su fuga.

Antes que amenguarse el valor de los expedicionarios, con tan inesperada contrariedad, se redobló su entusiasmo heroico y continuaron su marcha por un ancho camino, descubierta a pocos pasos, en dirección de Sur a Norte. Todo hacía creer que éste era el camino que une las diversas tribus ó familias, esparcidas en las cabeceras de los terrenos colonizados, desde el Oxabamba, hasta el Paucartambo. Siguiendo este camino, se encontró, a 1,000 metros de distancia, una choza mayor que las anteriores, y como ellas, recientemente abandonada también.

La expedición se hallaba ya en la cumbre de la cadena de los cerros que domina el campamento de la Merced, y temiendo por la situación de los dos heridos, que continuaban siempre la marcha, después de haber sido curados, se dirigió hacia la izquierda con el propósito de alcanzar los establecimientos de la Quebrada del Carmen y dejarlos allí, para que remitidos a la Merced, recibiesen los cuidados que su situación exigía.

Cuatro horas y media de bajada, por la escabrosa pendiente de un sólo cerro, llevó a la expedición a los últimos terrenos cultivados, de la Quebrada del Carmen, donde la hospitalidad de los colonos que allí trabajan, les proporcionó auxilios para los heridos, víveres y el descanso tranquilo que tanto habían menester.

Restablecidos con una noche de reposo, emprendió la expedición nuevamente su marcha, a las 7 de la mañana del día 29 llevando en su seno al colono VIVALDI, cuya herida, de muy poca importancia, no fué bastante a privarle de su deseo de continuar con sus compañeros.

El camino seguido, fué el mismo trazado antes por la expedición, que el 22 de Octubre organizó y presidió personalmente el señor Administrador de la colonia. Una vez volteada la cabecera de los cerros que forman la Quebrada del Carmen, la expedición siguió por uno de los numerosos y traficados senderos, que conducen al centro de una gran quebrada, poco más o menos de dos leguas de ancho, con ondulaciones insensibles, terreno mucho mejor que los de las orillas del Chanchamayo y que el administrador de la colonia había ya elegido y designado, para establecer el PUEBLO PARDO.

A las dos de la tarde, la vanguardia de la expedición, distinguió un claro en el monte, señal infalible de que se aproximaban a un rozo y por consiguiente a una casa habitada por *chunchos*. Se acercó con el mayor silencio y percibió a pocos pasos y en el mismo claro, una choza donde 15 salvajes, con su manójo de flechas y arcos a sus lados, estaban sentados en ruedas, tomando chicha, sin imaginarse siquiera que iban a ser sorprendidos por la civilizada visita, que exponiéndose a todos los riesgos y a ser víctimas de sus brutales ataques, solo quería procurar traerlos al camino de la civilización y unirlos con la gran familia humana, cuya especie es para ellos, por desgracia, totalmente desconocida.

Los que primero llegaron, sin esperar a sus compañeros, se lanzaron atrevidamente sobre el grupo, sin disparar un solo tiro, y procurando hacer prisioneros. Los salvajes sorprendidos, fugaban en todas direcciones, lanzando nubes de flechas, que felizmente no hirieron a ninguno. En medio de la confusión natural, producida por este incidente, el colono francés LAVALLE, logró capturar un salvaje. Los colonos italianos PICALUCA, PALMIERI y VIVALDI, capturaron también un salvaje y dos pequeñas criaturas, de 3 a 4 años.

Los esfuerzos hechos por los capturados para ponerse a salvo, pusieron a dura prueba, el valor y las fuerzas físicas de nuestros bravos colonos. La defensa y el ataque, produjo por resultado la muerte de dos salvajes, la herida leve de uno de los prisioneros y la fuga de todos los demás.

Los expedicionarios creyeron conveniente poner término a la expedición, regresando a La Merced, con su valioso botín, dispensando a sus prisioneros todo género de caricias, obsequiándolos, atendiéndolos y haciéndolos objeto de sus cuidados.

No puede atribuirse sino a la desesperación a que parecía entregado uno de los salvajes prisioneros, la causa violenta e inesperada de su muerte, que tuvo lugar en el camino de La Merced.

Mientras tanto, el otro chuncho herido, recibió todos los auxilios de la profesión y de la ciencia, para ser prontamente curado y se le ha traído a esta población con los otros dos chicos, tomados también en el campo de la lucha.

El día de la entrada a Tarma, fue de agitación para este pueblo. Una gran comitiva a caballo salió a su encuentro y los que no corrieron presurosos a recibirlos en la Calle Ancha, ocupaban los balcones, las ventanas y las puertas de las casas, porque todos deseaban ver satisfecha la justa curiosidad de conocer a ese ser original.

Acompañado de una multitud que le seguía a todas partes, recorrió el chuncho, montado a caballo, todas las calles de esta población, con la más estóica indiferencia, sin preocuparse de la agitación general, sin sorpresa alguna, agradable ó de disgusto, manifestando, en fin, en su aspecto y en su desdén, que es un ser insensible, e incapaz de sentir impresión alguna. Las dos criaturas eran conducidas con cuidados, estériles a nuestro juicio porque los defectos físicos de la una y la tristeza y el llanto a que está entregada la otra, hacen temer fundadamente por su existencia.

Sólo por señales ha sido posible entenderle algunas palabras. Así ha podido saberse que se llama INCHIMARI; que una de las criaturas, que todo hace creer sea su hijo, se llama MIRE y la otra que algunos han querido deducir que es su sobrino, se llama MICHÍ.

INCHIMARI es un hombre que representa tener 40 años. De constitución defectuosa, de aspecto desagradable, tiene un ojo cubierto con una nube, y sin embargo de la seriedad de su carácter, se presta afable a las caricias que todos le dispensan, recibe con agrado los obsequios que se le hacen y vuelve bien pronto a su habitual indiferencia para todo. Tiene días en que se manifiesta insensible hasta para los halagos de los demás; en que llora con loca desesperación; en que para no dejarse ver, prefiere no abandonar el lecho en todo el día; en cambio hay momentos en que se viste con su traje de costumbre, toma su arco, y se pasea contento con el semblante festivo y risueño.

Aquí se le ha hecho visitar algunas casas, en las que se le ha pretendido impresionar con el sonido de los pianos, con el efecto de los espejos, con el baile civilizado de nuestras costumbres, con la visión de los objetos de lujo y a todo ha permanecido siempre indiferente; correspondiendo en algunos casos, con una sonrisa estúpida y fingida.

Por señales y con esfuerzos, ha podido comprenderse la manera cómo designa algunos objetos, en su dialecto especial y caracterizado. Así ha podido saberse que el sol, por ejemplo, lo llaman IntiYaya; la tierra, Quipachi; los frejoles: Macheaqui; el agua: Ñuñu; la madera: Inchatú; al hombre: Chinguchi; el pelo: Noichi; la casa: Tantuchí; la mujer: Matrauchi; la ropa: Tatanchi; los ojos, Nugni; la nariz: Quihinachi; la boca: Achiri; la mano: Acrí; el pie: Auchicunta; el brazo: Tambri; el codo: Cunaqui; los dientes: Aiqui; la oreja: Impita; el pecho: Añipruquí; la espalda: Tapi; las niñas: Jetaqui; las cejas:

Tumaqui; la barba: Ispatuma; las papas: Musjaqui; el camote: Culichi; el tabaco: Jinchiri; la piedra: Mapi; la flecha: Capluta; la culebra: Maranqui; el perro: Huachuchi; el río: Pallanini; el peine: Quisti; la gallina: Gualipa; la pluma: Ischuanqui; la aguja: Tapi; la cal: Chucú; el maíz: Chunguqui; el limón: Ichimaqui; el pan: Tanta; la naranja: Naranchu; el loro: Tiruli; el cuchillo: Cuchio; el hacha: Satcha; la caña: Chaguqui; la navaja: Muvachu; el hueso: Itunó; el ají: Ichicana; la sal: Chuní; y así, en fin, podía formarse un vocabulario completo de ese dialecto especial, que en nada se parece al variado dialecto de nuestros indígenas y que ha sido completamente desconocido hasta ahora para nosotros, porque no habíamos tenido ocasión de entrar en relaciones con esa porción desgraciada de nuestro territorio, que con justicia consideramos como salvajes.

No olvidaremos la importancia de recoger mas datos en este orden, porque a nuestros expedicionarios interesa, muy especialmente, conocer algunas frases, que puedan ser de oportuna aplicación y de provechoso resultado para ellos y para el País.

No hemos juzgado conveniente la traslación de los chunchos prisioneros a la capital de la República. Escusado nos parece detenernos en manifestar lo peligroso que sería, especialmente para las dos criaturas, el paso de la cordillera, cuando se encuentran en tan tierna edad y cuando han nacido en un clima tan cálido, pues trasladarlos, sería de fatales consecuencias. La separación de los hijos, de ese padre desgraciado, para llevarlo solo, tendría también graves inconvenientes. Creemos que aquí ha encontrado bastante que le era totalmente desconocido; que llevarlo a Lima, sería sólo para satisfacer una banal curiosidad y que se le puede agasajar, obsequiar y devolver al seno de los suyos, para que la muerte desgraciada de estos, no les inspire la creencia y les consolide el temor, que entre nosotros dominan los instintos más feroces de sus corazones y que inmolamos inicuamente a los que en esas expediciones, puedan ser aprehendidos en el porvenir.

Como próximamente se verificará en Acobamba, la fiesta solemne, de la inauguración del templo, se le ha trasladado a ese lugar, para que tenga ocasión de conocer nuestras ceremonias religiosas y para que allí pueda apreciar nuestras costumbres y nuestros hábitos.

Digna de aplauso es la conducta de los expedicionarios, que con arrojo y entusiasmo, han llevado a buen término sus tareas patrióticas; y si la mejor de las recompensas es la satisfacción del deber cumplido, deben sentir suficientemente recompensados sus afanes.

No podemos dejar pasar esta ocasión, sin recordar al gobierno la imperiosa necesidad que existe, hoy más que nunca de proporcionar armamento a la colonia, porque una invasión de salvajes, sin tener siquiera los elementos necesarios de defensa, para sostenerse en sus posesiones puede esterilizar en un sólo momento, los sacrificios y los afanes de tanto tiempo y el dinero gastado hasta aquí, en llevar a buen término la colonización de esas regiones, adonde con justicia se dirigen las miradas del país, contemplando en ellas el porvenir de la República.

.....

TERCERA CARTA

Chanchamayo-La Merced

Marzo 31 de 1876

Querido colega y amigo:

.....
.....
.....

En nuestra carta anterior, que en el Pueblo de La Merced y ofrecíamos a Ud., darle una idea exacta de esta nueva e importante población:

El Pueblo de La Merced, está situado a la orilla izquierda del río Chanchamayo, a 816 metros de altura sobre el nivel del mar, por los 11° 3' 10" de latitud sur y los 77° 37' 36" longitud oeste de París, desde la confluencia de los ríos Ulumayo y Tulumayo.

La población ocupa un elevado terreno perfectamente plano, que de todas partes ofrece una vista agradable y simpática.

El pueblo está organizándose todavía y tiene ya nueve cuadras completamente formadas, que hemos tenido la curiosidad de investigar hasta el nombre de cada una de ellas: TARMA, PALCA, LIMA, CALLAO, AREQUIPA, BOLIVAR, DOS DE MAYO, BARRANCO, y FRANKLIN, son los con que se conocen estas calles.

Todas las fincas están construídas de caña y sólo tres de adobes. La mayor parte de los techos son de humiro ó palma de marfil vegetal, muchos de paja y uno de zinc.

No es fácil, de una sola mirada, formar idea exacta del progreso y desarrollo de la colonia. Es necesario tener bases fijas, no partir de apreciaciones, más o menos ligeras, más ó menos inexactas y por lo mismo debe hacerse un estudio tan serio y concienzudo como sea posible, fundándolo en datos estadísticos y en hechos positivos, antes que en apreciaciones, faltas muchas veces de verdad y de justicia.

Para apreciar el estado general de las colonias establecidas en La Merced, así como para conocer la estadística de la población y el movimiento de los peones, consagrados al trabajo del camino, los puentes y los molinos, hemos procurado obtener oficialmente estos datos, y de ellos resulta: que doscientos cuarenta y ocho personas, dependen actualmente de la Sociedad de Inmigración, por el socorro diario que de ella reciben; y ciento setenta y ocho colonos. (N. de R.- Ver cuadro N° 1)

CUADRO N°1

Nacionalidad												Total de los Pres.
Peruanos	5					4	1					
Franceses	27	3	2	4	3	2	2	20	3	2	4	29
Italianos	166	23	14	14		23	5	138	23	14	14	189
Alemanes	7	2	1					7	2	1		10
Ingleses	5					4	1					
Suizos	4							4				4
Belgas	2							2				2
Chilenos	4	5	1					4	5	1		10
Austriacos	4	1				1		3	1			4
Norte-Americano	3					3						
Totales	227	34	18	18	3	37	9	178	34	18	18	248

Además existen establecidos aquí con independencia de la Sociedad de Inmigración, ciento ochenta y tres colonos, que no reciben auxilio de ninguna especie. (Ver cuadro N° 2).

CUADRO N°2

Nacionalidad

Peruanos	32	39	21	24	116
Italianos	27	8	3	6	44
Franceses	2				2
Alemanes	1				1
Suizos	1				1
Chilenos	1				1
Argentinos	1				1
Chinos	14				14
Granadinos	1	1		1	3
Totales	80	48	24	31	183

Los peones ocupados en los trabajos del camino, el molino y los puentes, ascienden a 350.

De estos datos se obtiene el siguiente resultado:

COLONOS DEPENDIENTES DE LA SOCIEDAD DE INMIGRACION.....	248
COLONOS INDEPENDIENTES.....	183
PEONES.....	<u>350</u>
POBLACION GENERAL DE LA COLONIA.....	781

Así puede saberse también que existen:

258	hombres
82	mujeres
42	niños
49	niñas

431 colonos que forman la población fija del pueblo de La Merced

Si bien es cierto, pues, que no existe el número de mujeres que la población exige, y que sería de desear, bajo todos aspectos, no puede decirse tampoco como hemos visto en alguna publicación, que no hay absolutamente mujeres en la colonia, y que su existencia es insostenible bajo estas bases.

Se ve también que existen en el pueblo noventa y un niños que no reciben instrucción de ninguna especie, porque no hay una escuela de primeras letras, y el extranjero que tan celoso se manifiesta siempre por la educación de sus hijos, mira con disgusto esta situación anormal.

La Sociedad de Inmigración Europea debería atender a esta imperiosa exigencia mandando establecer desde luego, una escuela de primeras letras, sosteniéndola con sus fondos, hasta que cambie la organización que tiene actualmente este pueblo, y entre en el pleno ejercicio de sus derechos políticos y municipales.

Hemos tenido que extrañar en La Merced la falta de una localidad para alojamiento de los colonos que remiten de Lima, mientras se les adjudica los terrenos que deban trabajar y se procuran un alojamiento propio.

Los colonos que llegan a La Merced, están obligados en los primeros momentos a solicitar asilo de sus paisanos, a quienes no conocen casi siempre y con los que solo les ligan los vínculos del infortunio y de la Patria.

La Sociedad de Inmigración debe proveer esta urgente exigencia, en que ha debido pensarse desde el primer momento, ordenando la construcción de un local a propósito, en uno de los terrenos de la población, que no han sido cedidos todavía. El señor director general de las colonias, ante quien formulamos nuestra sorpresa por este hecho, nos manifestó que también estaba convencido de la urgente necesidad de la medida que le indicamos, pero que no entraba en sus facultades hacer los gastos que demanda la obra, y que por su parte lo había hecho presente varias veces al Directorio de la Sociedad. Hemos visto, sin embargo, que con este motivo el señor director ha ordenado que los nuevos

colonos en los días que no tienen ocupación, se consagren a acumular los materiales necesarios para dar principio a tan importante trabajo.

Organizado nuevamente por un reglamento de reciente fecha, el servicio de la colonia, se han establecido secciones de contabilidad y de tierras, guarda-almacén y algunos otros empleados, que no tiene oficinas en que consagrarse a sus respectivas labores, ni un lugar medianamente seguro siquiera donde guardar el dinero, los libros y demás útiles del servicio.

A estos inconvenientes, vistos de lejos y ligeramente examinados, no se les atribuye toda la importancia que tiene realmente, ni es fácil penetrarse de la urgente necesidad de salvarlos.

.....
.....
.....